

OYE, bájate a Mérida que tu padre se nos muere”, me dijo Paco Novillo una mañana de junio de hace tantos... recuerdos. Desde Pamplona, llame a Gloria a Tolosa –entonces no era tan fácil hablar con la gente– y bajamos. Y se moría. Me costó pero lo había aprendido en el Opus Dei, a poner todos los medios humanos como si no hubiera otros y todos los medios sobrehumanos, como si fueran los únicos. Andrés Valverde, que todavía estaba en Cáceres antes de venir de director al recién estrenado Hospital de Mérida, días después aludió a que la medicina poco podía hacer ya, «díselo a tu jefe», me indicaba señalando la estampa que mi mamá había puesto a la cabecera de la cama. En la tarjetita amarilla –al lado de la Mártir– se pedía a

Dios, por mediación de la Santísima Virgen María, que nos «concediera por la intercesión de Josemaría...» un favor. Creo que hasta Gloria, que dice que es atea, miraba con cariño la estampa. ¿Y qué le pido? Pues un milagro. Y desde el Colegio Mayor Belagua hasta Puentenuedo en Badajoz mi gente empezó a desgastar la estampa.

Mi mamá decía que su marido no se podía ir así, pero la sensata de mi hermana quería convencerla de que «con lo bueno que ha sido papá tú crees que vuestro Dios no le va a perdonar todo, sin necesidad de curas». Y seguíamos con la estampa a quien Dios había «escogido como instrumento fidelísimo para fundar el Opus Dei, camino de santificación en el trabajo profesional y en el cumplimiento de los deberes ordinarios del cristia-

no». Y llegó a casa Guillermo Soto, su compañero de fútbol y aficiones, su amigo, y al salir me dijo mi padre: «No te lo vas a creer hijo, pero le he pedido a Guillermo que me confiese». Dijo más cosas, pero este es el resumen.

Y se murió papá. La muerte, lo dice el Papa Francisco, es una experiencia que toca a todas las familias, sin excepción; forma parte de la vida y sin embargo cuando toca los afectos familiares la muerte nunca nos parece natural y ese «se marchó, se marchó» es como un agujero negro que se abre en la vida de las familias. Los creyentes sabemos que la fe impide a la muerte llevárselo todo y así podemos clamar «Dios mío ilumina mi oscuridad».

Durante mucho tiempo he pensado que la visita de Guillermo ha-

bía sido un hecho extraordinario, un milagro, sin darme cuenta de que los milagros (aun existiendo) son cosas más sencillas de lo que creía. Y es que San Josemaría no está por los milagros, está por saber encontrar en nuestra vida ordinaria al Señor o no lo encontraremos nunca. Está por el trabajo como lugar de encuentro, los amigos, la barra del Chínche o la del Michel Nevado o el Estadio Romano y, sobre todo, está por encontrarlo en la familia.

Hoy, que se cumplen 40 años de la marcha de San Josemaría, si alguien me preguntara cuál es la huella que ha dejado este santo en mi vida, la respuesta sería la de la grandeza de la vida corriente, los santos no son superhombres, son personas normales que tienen el amor de Dios en su corazón y comunican esta alegría a los demás. La santidad no consiste en hacer cosas extraordinarias sino en hacer las ordinarias con amor y fe. Y, esto, no es un privilegio de unos pocos sino una llamada para todos. Un santo es aquel, con la mayor naturalidad, que te dice que todo lo que te preocupa en estos momentos cabe en una sonrisa.

Un santo es quien consigue, como la cosa más normal del mundo, que mi padre hable con el párrroco del Calvario y éste le consiga un abono para ver los partidos del Mérida desde la tribuna más alta que pudiera haber en el universo futbolístico (y en el otro)